



LEVANTATE AMOR MIO

El héroe de esta cinta es uno de los combatientes americanos que pelearon por la causa de la República Española. Es uno de tantos jóvenes que fueron a España a combatir al fascismo y cayeron prisioneros del terror franquista a la hora de la derrota. Aparece en una celda sombría desde la que contemplan los diarios fusilamientos de los prisioneros. Se dejan entrever en las primeras escenas de la película los crímenes diarios de los salvadores de la hispanidad y los destinos de la raza. En cierto momento, el mozo se pone profético y dice que al terminar la contienda en la Península, la guerra se extenderá a toda Europa. Una afirmación de esta naturaleza en los labios de un gallardo héroe cinematográfico es en realidad una acusación a los políticos "demócratas" que no quisieron detener a tiempo al fascismo... Pero lo lamentable es que todas estas cosas no las hubiera denunciado el cine a su debido tiempo. Ahora los héroes cinematográficos resultan enemigos del franquismo, peccadores por la causa del pueblo español —abnegados, valientes y alegres, como es natural en su inefable condición de héroes—, pero, ocurre que se pregunta algún espectador sin malicia, ¿por qué los galanes de Hollywood no pelearon contra Franco en las películas que se hicieron durante la guerra española?, ¿por qué no hacían tan rotundas profecías acerca de la expansión del fascismo y de sus peligros en el caso de salir derrotada la causa del pueblo español?

Al espectador sin malicia le parecerá un sí o no es sospechoso semejante cambio de actitud por parte de los productores y tendrá que ponerse a pensar —sin malicia alguna, con la ingenuidad correspondiente a un apacible señor con un rato desocupado, que tiene dos pesos en la bolsa para entrar en un cine del centro— tendrá que ponerse a pensar que las empresas cinematográficas se han vuelto antifascistas con algún retraso, apenas el suficiente para llegar a ver amenazados sus poderosos intereses económicos. El tranquilo concurrente al cinematógrafo tendrá entonces que recordar que ya son varias las películas norteamericanas en las que los nazis aparecen puestos de acoo tal como en realidad lo merecieron siempre—; recordará "Eran cuatro hijos", "La Hora Fatal", "Con-

voy" y tantas cintas que ha contemplado desde que la guerra estalló. Todas ellas adversas al fascismo y exaltadoras, precisamente, de las mismas democracias que ayudaron con su complacencia y su flemático desenfado a que el pueblo español fuera derrotado. El pacífico espectador posiblemente rememora con alguna vaguedad aquellas noticias ya olvidadas, de los periódicos de hace varios años, sobre un pacto en Munich y se las representará unidas a la luctuosa sombrilla del difunto señor Chamberlain y el diminuto bigote de Hitler. Pero la película habrá seguido su curso entretanto, y los pensamientos y los recuerdos del espectador bonachón naufragarán entre las sonrisas adorables de Claudette Colbert y las hazañas épicas de Ray Milland que, fugitivo de las cárceles de Franco, se alista en la Real Fuerza Aérea Británica para seguir defendiendo una causa que se trata de hacer aparecer en el film como la misma del pueblo español. Para cuando concluya el inevitable idilio con el consabido acuerdo de Ray Milland y la bella y seductora Claudette, el espectador sin malicia habrá olvidado posiblemente todo lo que había pensado al principio y hasta es muy probable que adquiera la cómoda certeza de que la causa inglesa es enteramente igual a la causa española, que es precisamente lo que "Levántate Amor Mio" pretende.

"Levántate Amor Mio" no es sino otra de tantas películas de hábil propaganda anglofilia, o mejor dicho, de la propaganda que trata de convencer al pueblo del continente de que América debe ir a la guerra. Lo único original, el aspecto nuevo es que emplea, por primera vez en cine, el hábil método de comparar las verdaderas luchas de un pueblo contra el fascismo, con la lucha del imperialismo inglés con Hitler. Trata de dar la misma categoría a los heroicos defensores de Madrid y de España entera —esos sí héroes de verdad, aunque quizá no tan esbeltos, ni tan guapos, ni mucho menos tan bien peinados como Ray Milland— que al honorable Winston Churchill, defensor de los intereses imperiales británicos en todo el mundo. No puede negarse que la trampa es bastante buena, que el azúcar anti-fascista con que se dora la píldora imperialista está arreglada y distribuida

con habilidad; por eso es necesario que los espectadores tranquilos, apacibles, ingenuos, pacíficos y bonachones, se prevengan y eviten que la gimnasia de las pestañas de Claudette Colbert les engañe acerca de los designios de la democracia yanqui, pues de dejarse llevar por tan falsas como dulces razones tendrán que amanecer un día enlistados en un ejército que los lleve a una guerra

donde no habrá seguramente heroicos Ray Milland que puedan salvarlos con oportunidad, ni flexibles Claudettes que amenicen la retaguardia. Entonces, quizá, pero ya demasiado tarde, tendrán que recordar con cruel claridad todo aquello de Munich y no habrá ya modo de hacer naufragar los recuerdos mediante las fábulas cinematográficas.

MUJERES

Después de la frívola porquería de Sacha Guitry, la sala de cine que se ha dedicado a exhumar películas de hace algunos años, exhibió en su pantalla "Mujeres", la cinta que hace tiempo tuvo bastante éxito entre las señoras de lo que llamaremos, por precipitación, alta sociedad mexicana, que no tienen otro ideal que el de parecerse a alguna de las tantas heroínas de la película, aunque no se dan cuenta que se parecen más de lo que sospechan y no precisamente en la elegancia para vestir o en la oportunidad para maquillarse, sino en las otras cosas. Como tenía que ser, las susodichas damas audieron de nuevo al cine a envidiar los salones de belleza, los cubarets, las linas de baño y hasta los privados que aparecen en la cinta.

"Mujeres" no es una película mala del todo, desde el punto de vista de la técnica cinematográfica, ni es tampoco ninguna maravilla; es simplemente una película mediocre donde se desarrolla con más o menos habilidad un argumento que quiso ser sacado de ciertos ambientes de la gran burguesía americana. No deja de ser interesante, más que por sí misma o por lo que en ella se relata o muestra, tan conocido o tan sospechado, por la especie singular de concurrentes femeninos que hace acudir a su exhibición y por los comentarios que suscita en sus labios indiscretos, comentario que ya no digamos un cronista decente, sino uno tan indecente como éste que usted está leyendo, se ve imposibilitado de transcribir.

VIACRUCIS

Todas o casi todas las películas tienen un recorrido que empieza en las pantallas de los cines del centro y termina en las de los humildes salones de los barrios más pobres de la ciudad, en los cines de Lecumberri, de Azcoas, de Santa Julia, de la Colonia Obrera, etc. Sin embargo, hay una, y una gran película por cierto, que no ha descendido a las pantallas de los últimos cines. Se trata de "Viacrucis", la versión cinematográfica de la novela

de Steinbeck sobre el éxodo miserable de los campesinos norteamericanos despojados de sus tierras por las grandes compañías. Seguramente los exhibidores temen mostrar al verdadero pueblo de México una cinta en donde encuentre miseria, hambre, dolor y lucha semejantes a los suyos y preferirían llevarles cintas como "Rebeca", llenas de grandes cortinajes y de deslumbrantes vestidos.

PULGAS

Este redactor tiene la pena de manifestar que en un cine recién inaugurado entre los anuncios más elogiosos, la publicidad más pretenciosa, lleno

de cortinas y de espejos, se llenó de pulgas por el módico precio de dos pesos, cincuenta centavos.

PODER POLITICO Y CONTRATISTAS

(Viene de la pág. 3)
\$40,000.00; tramo Izúcar de Matamoros-Huajuapán, \$350,000.00; tramo Huajuapán-Tamazulapán, \$150,000.00; tramo Nochistlán-Oaxaca, \$400,000.00; tramo Oaxaca-Narro, \$325,000.00...

PEDIMOS QUE SE DEFINA UNA POLITICA DE OBRAS PUBLICAS

Nuestros lectores no podrán menos de sorprenderse de esta enorme actividad constructora de políticos y generales, que antes de ahora nunca se habían dedicado a esa actividad. Si esto está ocurriendo en caminos, es lógico pensar que ocurra lo mismo en ferrocarriles, puertos, bases navales y aéreas, construcción de sistemas de agua potable y drenaje, pavimentación, obras de ornato, etc., etc. Sin la debida publicidad que el manejo de los fondos públicos exige, se gastarían cientos de millones

de pesos en obras públicas—las partidas más "jugosas" del presupuesto y los recursos levantados con los empréstitos de caminos, ferrocarriles, riego, electrificación, etc.—, y la nación seguirá ignorando cuánto le cuesta hacer esas obras, cuánto va a los bolsillos de los contratistas, cuál es la calidad de las obras realizadas.

Ningún gobierno tiene derecho, sólo porque los gobernantes tienen el poder, de usar los fondos del país sin conocimiento del pueblo, sin que sus representantes aprueben los gastos y los autoricen y sin que en una forma constante, diaria, demostrativa de honestidad administrativa, se informe de que los trabajos se realizan con economía, con eficacia técnica y con honradez.

COMBATE pide que el gobierno federal trace y defina una política sobre contratos para obras públicas.

construir, sobre las ruinas dejadas por Laval y Flandin, un sistema de relaciones exteriores de Francia. En vez de enfrentarse resueltamente con el problema y convertirse en el líder de una nueva política extranjera de su país, Delbos se contentó, por debilidad, con seguir la corriente de su propio partido, que en rigor, por lo demás, correspondía a la de Laval.

El parlamento, presionado por la ocupación de las fábricas por los huelguistas, aprobó rápidamente una serie de reformas sociales que el gobierno de Blum le había propuesto. Se implantó la jornada de cuarenta horas y las vacaciones pagadas, al mismo tiempo que se hizo obligatoria la contratación colectiva en materia de trabajo. En total, se aprobaron sesenta y cinco leyes en dos meses y medio de sesiones del parlamento. Se elevó a catorce años la edad para iniciar el trabajo. Se decretó la nacionalización de la industria de armamentos. Se abolió la regencia del banco de Francia, y los representantes de las doscientas familias se vieron substituidos por un consejo general formado de un gobernador, dos vice-gobernadores y veinte consejeros, de los cuales nueve eran nombrados por el gobierno y seis se escogían de una lista de personas propuesta por los sindicatos, agrupaciones de campesinos, cámaras de comercio, cooperativas, grupos de artesanos y organizaciones comerciales. Otro miembro era nombrado por el Consejo Nacional Económico, dos por el personal del propio Banco de Francia y dos por los accionistas. El Senado introdujo en el proyecto algunos cambios sin importancia. Al convertirse en ley fué saludado por la prensa del frente popular, como una victoria de gran magnitud. El dirigente de la C. G. T., Confederación de sindicatos franceses, Leon Jouhaux, hombre de un vientre respetable y de una bien cuidada perilla, fué designado miembro del consejo general del banco. Uno de los antiguos miembros de ese consejo, que conservó su posición, más tarde hizo la confesión siguiente: "Me asustó la primera vez que vi entrar a Jouhaux al salón de consejo del Banco de Francia. Pero en realidad nos entendimos admirablemente" añadió, haciendo un gesto.

Otra ley ordenó la disolución de los grupos armados. Apoyándose en ella, el Ministro del Interior, Roger Salengro, veterano socialista y alcalde de la importante ciudad de Lille, disolvió a los "Crus de Fuego" y a otros grupos armados. Esta medida, sin embargo, no puso fin a las actividades fascistas. El coronel de la Rocque transformó su Liga en el "Partido Social Francés" que bajo tan inocente denominación prosiguió por los mismos senderos que los "Crus de Fuego". Lo único que la ley produjo fué un cambio de nombres. El Primer Ministro, a pesar de las exigencias de algunos miembros de su partido, se rehusó a impedir las actividades del nuevo órgano de la Rocque. Los partidarios del coronel continuaron desfilando por las calles, con gritos agresivos contra el frente popular.

El primer arreglo general entre los sindicatos y la organización de los patronos, se firmó en la oficina del Primer Ministro Blum, en el Hotel Matignon. En él se aceptó dar a los trabajadores industriales y de oficina un aumento de salarios de 12% en promedio y otorgar reconocimiento a los comités de fábrica que fueran elegidos en debida forma. Jouhaux saludó el convenio de Matignon, como se le llamaba, diciendo que constituía "el comienzo de una nueva era".

Es indudable que la legislación social del gobierno del frente popular hizo pasar a Francia de un salto, de país atrasado, a nación de las más adelantadas en este sentido. La Subsecretaría de Deportes y Descanso, innovación propia del frente popular, estableció campos de recreo y obtuvo boletos de ferrocarril a muy bajo precio, para cerca de 500,000 trabajadores. Las playas y sitios de verano de Francia, en la Riviera, la zona del Canal, los Pirineos y Bretaña, se vieron invadidos por hombres y mujeres que dejaban fábricas y oficinas para tomar sus vacaciones. Muchos de ellos, por primera vez en su vida salían a disfrutar de vacaciones pagadas y a visitar alguno de los lugares famosos de Francia.

Estas vigorosas reformas sociales inspiraron tremendo entusiasmo. Sin embargo, la declaración inicial del gabinete en materia de política exterior, desconcertó a muchos de sus simpatizantes. El Ministro Delbos causó una cierta impresión de incomodidad, pues en tanto que en la lucha contra Laval había contribuido con un brillante discurso sobre la política del gobierno en el asunto etíope, ahora parecía partir del supuesto de que al poner fin a las sanciones, Italia sería llevada a ingresar a una especie de nuevo frente de Stresa. En su discurso inaugural como Ministro de Negocios Extranjeros, Delbos afirmó que "Francia estaría muy satisfecha si los esfuerzos de Italia pudieran armonizarse gradualmente con los suyos". Y dirigiéndose a Alemania dijo que Francia "no tenía intención alguna de poner en duda las palabras de un hombre que durante

Las huelgas con ocupación de las fábricas, ocasionaron muchos comentarios y dieron lugar a numerosas falsedades en la prensa. Todos los días hacía yo una jira por varias fábricas y grandes almacenes en que las empleadas estaban en huelga, acompañado en ocasiones por periodistas ingleses y americanos. Nunca encontramos la menor manifestación o huella de violencia. Los visitantes eran recibidos a las puertas de los almacenes, con sonrisas amistosas y solicitudes de donativos. Los comités de huelga cuidaban empeñosamente que no hubiera disturbios ni se causara daño a la propiedad ajena. Las fábricas parecían guarniciones de soldados ya victoriosos, o por lo menos, de tropas que en la víspera de la batalla tienen fe en el triunfo.

Para el 4 de junio había cerca de 800,000 gentes en huelga. Al fin, en la noche de ese día se formó el primer gobierno del frente popular presidido por Leon Blum.